

Introducción a la semana

Comienza la semana con la "Conmemoración de todos los fieles difuntos". La Iglesia se hace eco de la conciencia de los seres humanos de diversa culturas y religiones a lo largo de la historia, de que aquellos que se hicieron presentes en nuestra vida y han fallecido, de alguna manera siguen presentes en ella. No podemos olvidarnos de ellos. La Iglesia añade el "todos" para que en nuestra oración nadie quede excluido. Continúa la semana con la fiesta para los dominicos, y memoria para todos, de san Martín de Porres. Entrañable figura que resplandece por su sencillez y dulzura. Al día siguiente se celebra la memoria de otro santo, con estilo de vida fue absolutamente distinto, cardenal, de noble familia, san Carlos Borromeo. Es un santo que nos traslada a pensar en el sacerdote, en el año dedicado a ellos, por su dedicación modélica a su formación. Tras el día de "feria", el 5, los dominicos tenemos celebraciones propias los días siguientes de la semana. Para la Iglesia universal son tres días seguidos de feria. Las lecturas de la carta a los Romanos y del evangelio de Lucas condensan un conjunto de lecciones de bien vivir, de vivir al estilo evangélico.

Lun Evangelio del día

2
Nov
2009

Trigésima primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

Hoy celebramos: Conmemoración de todos los fieles difuntos (2 de Noviembre)

"Transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso"

Primera lectura

Primera Lectura: Job 19,1.23-27a

Respondió Job a sus amigos: "¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá se grabaran en cobre, con cincel de hierro y en plomo se escribieran para siempre en la roca! Yo sé que está vivo mi Redentor, y que al final se alzaré sobre el polvo: después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán."

Salmo de hoy

Salmo Responsorial: "A ti, Señor, levanto mi alma."

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. R.

Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.
Mira mis trabajos y mis penas
y perdona todos mis pecados. R.

Guarda mi vida y líbrame,
no quede yo defraudado de haber acudido a ti.
La inocencia y la rectitud me protegerán,
porque espero en ti. R.

Segunda lectura

Segunda Lectura Filipenses 3,20-21

Hermanos: Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 15,33-39;16,1-6

Al llegar el mediodía, toda la región quedó en tinieblas hasta media tarde. Y, a la media tarde, Jesús clamó con voz potente: "Eloí, Eloí, lamá

sabaktaní". (Que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?") Algunos de los presentes, al oírlo, decían: "Mira, está llamando a Elías." Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber, diciendo: "Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo." Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: "Realmente este hombre era Hijo de Dios."

Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: "¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?" Al mirar, vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. Él les dijo: "No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron."

Reflexión del Evangelio de hoy

Ayer celebrábamos "Todos los santos", hoy "Todos los fieles difuntos". Puede que sean los mismos que los santos que celebramos el día anterior. Sucede que para alcanzar ese triunfo necesitan nuestra ayuda, nuestra oración. Para Dios no hay tiempo, no está sometido al antes y al después; ellos mismos están ya fuera del tiempo, en la eternidad. Por eso el momento de nuestra oración no es importante, en Dios no hay espera, todo está presente. Lo importante es orar.

Celebrar la realidad de los fieles difuntos, es además repensar nuestra vida a la luz de su fin, de la muerte. Los hombres somos los únicos seres mortales, porque somos los únicos que nos planteamos el problema de la muerte, que sabemos que vamos a morir. La muerte, sea como sea, nunca sorprende del todo, porque sabemos que algún día llegará. Tenemos miedo a la muerte; y lo tenemos mientras vivimos, ¿cómo superarlo? Digo superarlo, no destruirlo. No hay otro procedimiento que incorporarlo a nuestra vida, como tenemos incorporado que tras el día viene la noche, tras la sequía las lluvias y, a veces, los ciclones. La noche no es algo ajeno a nosotros cuando vivimos a pleno sol y por eso no nos sorprende, la aceptamos. De la misma manera la muerte.

Ahora bien, aun incorporando así la muerte a nuestras vidas, seguiría siendo muy dura e irrebasable, - distinta de la noche, porque tras la noche estamos seguros del día -. Es la fe la que nos dice no es así: la resurrección nos espera. Por eso la celebración de los Fieles Difuntos va precedida de la de Todos los Santos. Nuestro fin no es la muerte, es la vida. La muerte es una noche para amanecer a un nuevo día. De ahí que exista una Iglesia triunfante, a la que os sentimos unidos por la llamada "comunidad de los santos".

En resumen: tan nuestro como la muerte es la santidad. Y lo que perdurará, triunfará, es la santidad. Por eso no conviene que separemos la conmemoración de los difuntos de la celebración de Todos los santos que es la proclamación de la superación de la muerte: la resurrección.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Conmemoración de todos los fieles difuntos

Síntesis teológica de la celebración

El sentido pascual de la muerte de los fieles es muy evidente y su luz se debe reflejar en los formularios y en la piedad de los fieles ante la celebración de la conmemoración de los difuntos.

La fe de los cristianos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y en su acción creadora, salvadora y santificadora, culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al final de los tiempos para la vida eterna. Por ello los justos, después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado, cuando él los resucitará en el último día.

Efectivamente, como afirma San Pablo, si el Espíritu de aquel que ha resucitado a Cristo de los muertos habita en nosotros, así aquel que ha resucitado a Cristo de entre los muertos, dará la vida también a nuestros cuerpos mortales por medio del Espíritu que habita en nosotros. Cristo es el principio y causa de nuestra futura resurrección (cf. Rm 8, 11; 1Co 15, 20-22; 2Co 5, 15).

Dios, que de hecho puede crear de la nada, puede también dar la resurrección, la vida del cuerpo, pues es él mismo el que da la vida a los muertos y llama a la existencia lo que todavía no existe (Rm 4, 17; Flp 3, 8-11).

La Iglesia, ya desde sus mismos orígenes, vive con la convicción de su comunión con los difuntos y por ello ha mantenido con gran piedad la memoria de los difuntos, ofreciendo por ellos sus sufragios. Esto se afirma ya en el Antiguo Testamento: Es una idea piadosa y sana rezar por los difuntos para que sean liberados del pecado» (2M 12, 45).

Nuestra oración por ellos se actúa especialmente por el ofrecimiento del sacrificio de la Eucaristía (CM', n. 1371). También son sufragios las limosnas, las obras de penitencia y las indulgencias, que tienen su eficacia a partir del ministerio de la Iglesia, cuando aplica en casos concretos los méritos o satisfacción de Cristo y de los santos (CIC, nn. 1471, 1476).

De esta forma la Iglesia puede no sólo ayudar a los difuntos, desgravándoles de la pena temporal debida por los pecados para que puedan llegar a la visión beatífica de Dios, sino también hacerlos eficaces intercesores por los que aún viven (CIC, nn. 958, 1032, 1414, 2300).

De hecho, la comunión de los que aún «peregrinan» en la tierra («parroquianos») con los fieles que han muerto en la paz de Cristo, no sólo no se rompe, sino que, conforme a la fe perenne de la Iglesia, se consolida en la comunicación de bienes espirituales.

La fe ante la muerte no incluye solamente el hecho de que se puede ayudar a los difuntos que están todavía purificándose antes de poder entrar en la visión beatífica, sino que debe recordar fuertemente la venida final de Cristo glorioso y nuestra resurrección corporal.

En ese «momento» se llevará a cabo la restauración de todas las cosas, como afirman San Pedro y San Pablo (1Jn 3, 19-21; Rm 11, 15) y la resurrección de los cuerpos, y se hará el juicio a los vivos y a los muertos, revelando el secreto de las conciencias y dando, conforme a las obras hechas, la gloria o la condena. Será entonces cuando se forma definitivamente el Cristo total (Ef 4, 13).

El centro de nuestra fe es la resurrección de Cristo y, por lo tanto, nuestra resurrección personal (1Co 15, 12-14.20). La historia de esta afirmación central de la fe cristiana ha tenido una revelación progresiva. Consta claramente en la afirmación del segundo libro de los Macabeos (7, 9-14), que se fundamenta en el hecho de ser Dios creador del hombre todo entero, cuerpo y alma y, asimismo, por su alianza con Abraham y su descendencia, como Dios de vivos y no de muertos (Mc 12, 24.27). Cristo en su buena noticia insiste numerosas veces en que él es la resurrección y la vida (Jn 11, 25).

Es Jesús el que resucitará en el último día a los que han creído en él y habrán participado de su Cuerpo y de su Sangre. Aunque, después de la muerte, el cuerpo se deshaga en el polvo, el alma va al encuentro con Dios.

Dios en su omnipotencia, por la misma fuerza que actuó en la resurrección de Cristo, restituirá nuestro cuerpo definitivamente a una vida incorruptible, uniendo a él de nuevo el alma que lo «espera». Todos los hombres resucitarán, los que hicieron el bien para una resurrección de vida y los que hicieron el mal para una resurrección de condena (Jn 5, 29).

El cuerpo en la resurrección será tal como es el de Cristo resucitado, un cuerpo «glorioso» como el que contemplaron físicamente los apóstoles de Cristo resucitado (Lc 24, 39; 1Co 15, 35-37.42.53).

Para resucitar con Cristo es necesario morir con Cristo, es necesario salir del cuerpo, como en exilio, y habitar junto al Señor (2Co 5, 8; Flp 1, 23). Después llegará el día de la resurrección de los muertos.

Es necesario caer en la cuenta de que en el más allá no existe el tiempo tal como se «contabiliza», o se experimenta en la tierra, en nuestro mundo de ahora. Por tanto, por muchos miles de millones de años «nuestros» que esperemos la resurrección corporal, eso no cuenta mínimamente en la felicidad mayor o menor de los bienaventurados en el cielo, ni de los que se purifican en el purgatorio (Santo Tomás, Comm. IV Sent. D. 5, q. 3, a.2. r. 4).

Todo este sentido positivo debe iluminar la conmemoración de los fieles difuntos, y nuestra fe, esperanza y caridad sobre el destino definitivo personal y el de todos los difuntos.

El momento mismo de la muerte de los fieles debe estar lleno de la fe viva de la Iglesia. La Iglesia entrega en las manos de Dios al que va a morir.

Los cuerpos de los muertos se tratan con respeto y caridad, por la fe en la seguridad de la resurrección, ya que es el cuerpo de los que son hijos de Dios y templos del Espíritu Santo (CIC; n. 2300).

Igualmente la Iglesia como comunidad saluda y «despide», dice: «Salud» a un miembro suyo antes de su sepultura y lo coloca en el sepulcro o lo entierra (Rin-humareu) en espera de la resurrección. El nombre castellano de «cementerio» («coemeterium», en latín), proviene del verbo griego «koimao», «dormir» y significa materialmente «dormitorio», o lugar donde se duerme en espera de la resurrección.

Los fieles nunca más se separarán en el futuro, porque vivirán en Cristo y como ahora están unidos a Cristo y caminan a su encuentro, así estarán definitivamente todos unidos en Cristo. La muerte es nuestro encuentro con el Dios viviente. Los que han muerto en Cristo viven para siempre (CJC, nn. 1609, 2299-2300).

Antolín González Fuente, O.P.

Mar

3

Nov

2009

Evangelio del día

Trigésima primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Sal por los caminos y senderos e insísteles hasta que entren y se me llene la casa.”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 12, 5-16^a

Hermanos: Nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros. Los dones que poseemos son diferentes, según la gracia que se nos ha dado, y se han de ejercer así: si es la profecía, teniendo en cuenta a los creyentes; si es el servicio, dedicándose a servir; el que enseña, aplicándose a enseñar; el que exhorta, a exhortar; el que se encarga de la distribución, hágalo con generosidad; el que preside, con empeño; el que reparte la limosna, con agrado.

Que vuestra caridad no sea una farsa; aborreced lo malo y apegaos a lo bueno. Como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros, estimando a los demás más que a uno mismo. En la actividad, no seáis descuidados; en el espíritu, manteneos ardientes. Servid constantemente al Señor. Que la esperanza os tenga alegres: estad firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración. Contribuid en las necesidades de los santos; practicad la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, sí, no maldigáis. Con los que ríen, estad alegres; con los que lloran, llorad. Tened igualdad de trato unos con otros: no tengáis grandes pretensiones, sino poneos al nivel de la gente humilde.

Salmo de hoy

Sal 130,1.2.3 R/. Guarda mi alma en la paz junto a ti, Señor

Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad. R/.

Sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre. R/.

Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 14, 15-24

En aquel tiempo, uno de los comensales dijo a Jesús: «¡Dichoso el que coma en el banquete del reino de Dios!» Jesús le contestó: «Un hombre daba un gran banquete y convidó a mucha gente; a la hora del banquete mandó un criado a avisar a los convidados: "Venid, que ya está preparado." Pero ellos se excusaron uno tras otro. El primero le dijo: "He comprado un campo y tengo que ir a verlo. Dispénsame, por favor." Otro dijo: "He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Dispénsame, por favor." Otro dijo: "Me acabo de casar y, naturalmente, no puedo ir." El criado volvió a contárselo al amo. Entonces el dueño de casa, indignado, le dijo al criado: "Sal corriendo a las plazas y calles de la ciudad y tráete a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos." El criado dijo: "Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía queda sitio." Entonces el amo le dijo: "Sal por los caminos y senderos e insísteles hasta que entren y se me llene la casa." Y os digo que ninguno de aquellos convidados probará mi banquete.»

Reflexión del Evangelio de hoy

"Cada miembro está al servicio de los otros miembros"

El apóstol de las gentes, intentando ponerse al alcance de la gente sencilla, ha logrado explicar el maravilloso misterio de la Iglesia comparándolo con el cuerpo humano. Se trata en realidad del Cuerpo místico de Cristo, donde los diversos miembros actúan conjuntamente, movidos por la caridad.

En esta línea, esta perícopa de la carta a los Romanos constituye una gran lección de vida comunitaria: "somos un solo cuerpo en Cristo". En la Iglesia, en la parroquia, en nuestra comunidad, no todos tenemos el mismo carisma, la misma función, pero todos contribuimos al bien común si aportamos los dones de naturaleza y de gracia que Dios nos ha concedido con generosidad. Por ello no debe haber rivalidades entre nosotros, porque todos formamos un solo cuerpo, y tanto en el que predica, como en el que preside, en el que reparte limosna, o en el que exhorta, debe sobresalir el empeño, la ilusión, la sencillez, el deseo de servir, poniendo alma, vida y corazón en todo. Dijo el Señor a Santa Catalina: "Todo lo he dado tan diversificadamente, que no lo he concedido todo a uno, para que por fuerza os veáis obligados a ejercitar la caridad unos con otros".

Pablo enseña después las relaciones con los de fuera de la comunidad: el testimonio de bendición ante los perseguidores, de hospitalidad, alegría con los alegres, y llanto con los que lloran, llevará la luz de Cristo más allá de nuestros pequeños límites. Así construimos desde nuestro puesto esa Iglesia que es de todos y ha de llegar a todos.

Todo ello son palabras de vida que S. Pablo nos da para poder realmente vivir como miembros del cuerpo de Cristo. Y será obra del Espíritu Santo en nosotros si le dejamos actuar.

Señor, hazme dócil a tu Espíritu, para servirte constantemente, entregando mi vida a los hermanos. Así guardarás mi alma en la paz, junto a ti, Señor.

"Insísteles hasta que entren y se me llene la casa"

La bienaventuranza con la que comienza el evangelio da pie a Jesús para, una vez más, enseñarnos cómo es el Reino de Dios con una parábola. La imagen del banquete sirve en muchas ocasiones para describir, de un modo muy humano, el Reino.

Si un día recibiéramos una invitación a un gran banquete para compartir mesa y mantel con las personalidades más representativas del momento, con todos los gastos pagados, y con posibilidad de invitar a cuantos amigos quisiéramos... ¿cuál sería nuestra respuesta? Sería acaso: "Disculpen mi ausencia, pero en mi agenda tengo sesión de yoga a la misma hora, y no puedo acudir...". Seguramente no. Saldríamos corriendo a avisar a todos los conocidos, para acudir cuantos más mejor, a disfrutar de la fiesta.

¿Qué es todo esto comparado con el banquete de Dios? El Señor continuamente nos está enviando mensajeros para invitarnos a su mesa, al banquete de su Palabra y de su Cuerpo y Sangre, pero no siempre nuestras respuestas son afirmativas. A veces preferimos continuar nuestros negocios, o nos vence el afán de trabajo, o tal vez preferimos el círculo familiar.

Al final, los que disfrutaban del gran convite son los pobres, los lisiados, los ciegos, los cojos... bien sea del cuerpo o del espíritu. Para participar en este banquete del Reino tan especial, es necesario el despojo de todo lo que signifique honores, riqueza, apegos. Acuden los que saben que no lo merecen y aún así Alguien les muestra su Amor. No pospongamos por nada esta invitación; busquemos primero el Reino de Dios, y lo demás vendrá por añadidura. La casa, al fin, estará llena de invitados. ¿Estaremos nosotros allí... o estaremos ocupados "en nuestras cosas"? "¡Dichoso el que coma en el banquete del Reino de Dios!"

Gracias, Señor, porque nos amas, por que nos llamas y tu amor misericordioso sana todas nuestras dolencias. Concédenos un corazón nuevo, capaz de aceptar tu invitación al gran festín de tu Reino.

San Martín de Porres

En este día además celebramos la fiesta para os dominicos, la memoria obligatoria para el resto de san Martín de Porres. El dicho español precisa que la expresión, "no es santo de mi devoción". En efecto, existen santos, canonizados, que en algunas personas no suscitan devoción. Sin embargo, san Martín de Porres la suscita en todos. Quién no se ve atraído por la figura de "fray Escoba". Es un fraile de color, sencillo, que realiza tareas sencillas, que está atento a las necesidades de su comunidad y de los pobres que la rodean; que además tiene un tacto especial para el trato con los animales. Y es un santo de oración, de profunda espiritualidad. Es un santo cercano que brilla sólo por su santidad, por su amor a Dios y a los que le rodean, que en eso consiste la santidad. Un santo que proclama que ser santo, no es otra cosa que ser bueno...y no creérselo. Bueno y humilde. Personas como san Martín tienen asegurado un puesto en el banquete del Reino.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

Mié

4
Nov

2009

Evangelio del día

Trigésima primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“El que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío.”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 13, 8-10

Hermanos:

A nadie le debáis nada, más que el amor mutuo; porque el que ama ha cumplido el resto de la ley. De hecho, el «no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás», y cualquiera de los otros mandamientos, se resume en esto: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

El amor no hace mal a su prójimo; por eso la plenitud de la ley es el amor.

Salmo de hoy

Sal 111, 1-2. 4-5. 9 R/. Dichoso el que se apiada y presta

Dichoso quien teme al Señor
y ama de corazón sus mandatos.
Su linaje será poderoso en la tierra,
la descendencia del justo será bendita. R/.

En las tinieblas brilla como una luz
el que es justo, clemente y compasivo.
Dichoso el que se apiada y presta,
y administra rectamente sus asuntos. R/.

Reparte limosna a los pobres;
su caridad dura por siempre
y alzará la frente con dignidad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 14, 25-33

En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo:

«Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío.

Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío.

Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla?

No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran, diciendo:

“Este hombre empezó a construir y no pudo acabar”.

¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que lo ataca con veinte mil?

Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz.

Así pues, todo aquel de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío».

Reflexión del Evangelio de hoy

El Reino de Dios y “las formas”

San Pablo habla a los Romanos de la armonía, en cristiano, entre Reino de Dios y deberes éticos emanados del hecho de ser personas. Vivimos en el mundo y, aunque no somos del mundo, tenemos obligaciones de convivencia humana. En otra ocasión decía a los Efesios: “Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad” (Ef 4,30). Hoy les recuerda los mandamientos: “No robarás, no cometerás adulterio, no matarás, no envidiarás”. No se puede pertenecer al Reino a cualquier precio. Los detalles humanos, pasan a ser espirituales al incorporarlos a nuestra nueva vida. Y san Pablo, y es aquí donde hace más hincapié, indica que todos estos matices se condensan en el amor. “A nadie le debáis nada más que amor”. Si amamos, cumpliremos con Dios y con los hermanos; si no amamos, por más que nos empeñemos en los detalles, estaremos fallando en lo fundamental.

La cruz y el seguimiento

Jesús, en el Evangelio, habla con una claridad meridiana de la radicalidad del seguimiento evangélico, según una escala de valores. De entrada, Jesús quiere el amor filial, el amor fraterno, el amor conyugal, en definitiva, el amor a todos los niveles. Pero, estos amores son sólo modelos y arquetipos del amor a Dios. En una escala de valores, Dios está en la cumbre, el primero; luego, están los padres, hermanos, parientes, amigos, etc. Pero, no a la misma altura ni con la misma prioridad. Esto que suena a exigencias y a dificultades, y ciertamente lo es, cuando se confronta y se contrasta con la vida, no lo es tanto. Me refiero a que con frecuencia observamos que los que más aman a Dios son los que más aman a la familia y a los amigos y enemigos; y, al contrario, sin Dios no es tan fácil encontrar esos amores. Es cierto, que la cruz, la dificultad y la exigencia, existen. Pero, no olvidemos que, según Jesús: “Mi yugo –mi cruz- es suave, y mi carga ligera” (Mt 11,29).

San Carlos Borromeo

Carlos pertenecía a la muy ilustre familia de los Médicis, y, en consonancia con su nacimiento, recibió una esmerada educación universitaria en Pavía. Habiendo profesado en la Orden de los Jesuitas, y antes de ordenarse sacerdote, fue nombrado Cardenal, Arzobispo de Milán. No sólo no defraudó a nadie sino que colmó con creces las expectativas que se habían puesto en él. Llegó a ser uno de los que más y mejor participó en el Concilio de Trento.

Llama la atención que, además de preocuparse eficazmente en la formación del clero, en la atención a los pobres y en el celo por todos los fieles a él encomendados, tuvo tiempo para dedicarse al arte y a la música, entre otras cosas.

Murió a los 46 años, cuando dedicaba todos sus esfuerzos a organizar los servicios de caridad con motivo de la peste que había asolado Milán y cuyas secuelas duraron durante años.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Jue

5

Nov

2009

Evangelio del día

Trigésima primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“ Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 14, 7- 12

Hermanos:

Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; así que, ya vivamos ya muramos, somos del Señor.

Pues para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de muertos y vivos.

Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú, ¿por qué desprecias a tu hermano?

De hecho, todos compareceremos ante el tribunal de Dios, pues está escrito:

«¡Por mi vida!, dice el Señor,
ante mí se doblará toda rodilla,
y toda lengua alabará a Dios».

Así pues, cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios.

Salmo de hoy

Sal 26 R/. Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida.

El Señor es mi luz y mi salvación,

¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,

¿quién me hará temblar? R/.

Una cosa pido al Señor,

eso buscaré:

habitar en la casa del Señor

por los días de mi vida;

gozar de la dulzura del Señor,

contemplando su templo. R/.

Espero gozar de la dicha del Señor

en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,

ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 15, 1-10

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos».

Jesús les dijo esta parábola:

«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”.

Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice:

“¡Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”.

Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

Reflexión del Evangelio de hoy

La alegría del encuentro

Los fariseos, que se consideraban justos, critican y se indignan ante la actuación de Jesús con los marginados. Jesús come y trata con los pecadores con toda libertad. Esto no dejaba de ser una provocación para los que pensaban que participar en la misma mesa equivalía a ser de su misma condición. Comer juntos tenía un sentido de comunión y era signo de amistad.

Jesús con las dos parábolas justifica su actuación con los marginados y pecadores.

En el texto, que Lucas nos presenta hoy, intervienen distintos personajes: gentes de mala vida, maestros de la ley y Jesús. Unos le buscan para escucharle; otros, especialistas en los asuntos de la ley, se creen justos, desprecian a los que no la conocen y critican la forma de actuar de Jesús; Éste, mezclado con los “perdidos”, salva, perdona y está siempre dispuesto a celebrar con todos el banquete de la misericordia de Dios.

El perdón y la reconciliación están en lo más hondo del mensaje de Jesús. Nos revela a Dios que actúa desde un amor gratuito y se pone de parte de los pobres. Dios mismo cuida de las ovejas y de modo especial de las descarriadas y perdidas. La misericordia es un atributo característico de Dios, que perdona generosamente y acoge con ternura. Dios no se escandaliza de nuestro pecado. Sólo nos pide que sepamos reconocerlo. Dios y la Comunidad se alegran por la conversión de un pecador.

Tanto la parábola de la oveja descarriada, como la de la moneda perdida tienen el mismo mensaje: el amor misericordioso y constante de Dios que sale al encuentro del pecador y se alegra cuando lo encuentra.

Jesús apela a la experiencia humana para decirnos la forma de actuar de Dios: “¿Quién de vosotros...” La condición de “perdidas” hace merecedoras de ser buscadas a la oveja y a la moneda de las parábolas. Jesús no soporta perder a nadie de los que el Padre le ha confiado.



Hna. Belén Eslava Vizcay
Dominica de la Enseñanza. Diplomada en Teología

Vie

6
Nov

2009

Evangelio del día

Trigésima primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Los hijos del mundo... los hijos de la luz ”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 15,14-21

Respecto a vosotros, hermanos, yo personalmente estoy convencido de que rebosáis buena voluntad y de que tenéis suficiente saber para aconsejaros unos a otros.

Pese a todo, os he escrito, propasándome a veces un poco, para reavivar vuestros recuerdos. Lo he hecho en virtud de la gracia que Dios me ha otorgado: ser ministro de Cristo Jesús para con los gentiles, ejerciendo el oficio sagrado del Evangelio de Dios, para que la ofrenda de los gentiles, consagrada por el Espíritu Santo, sea agradable.

Así pues, tengo de qué gloriarme en Cristo y en relación con las cosas que tocan a Dios. En efecto, no me atreveré a hablar de otra cosa que no sea lo que Cristo hace a través de mí en orden a la obediencia de los gentiles, con mis palabras y acciones, con la fuerza de signos y prodigios, con la fuerza del Espíritu de Dios.

Tanto que, en todas direcciones, partiendo de Jerusalén y llegando hasta la Iliria, he completado el anuncio del Evangelio de Cristo.

Pero considerando una cuestión de honor no anunciar el Evangelio más que allí donde no se haya pronunciado aún el nombre de Cristo, para no construir sobre cimiento ajeno; sino como está escrito:

«Los que no tenían noticia lo verán,
los que no habían oído comprenderán».

Salmo de hoy

Sal 97 R/. El Señor revela a las naciones su salvación.

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.
Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

El Señor da a conocer su salvación.
revela a las naciones su justicia.
Se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. R/.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 16,1-8

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos:

«Un hombre rico tenía un administrador, a quien acusaron ante él de derrochar sus bienes.

Entonces lo llamó y le dijo:

“¿Qué es eso que estoy oyendo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque en adelante no podrás seguir administrando”.

El administrador se puso a decir para sí:

“¿Qué voy a hacer, pues mi señor me quita la administración? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa”.

Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo y dijo al primero:

“¿Cuánto debes a mi amo?”.

Este respondió:

“Cien barriles de aceite».

Él le dijo:

«Toma tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta”.

Luego dijo a otro:

“Y tú, ¿cuánto debes?”.

Él dijo:

“Cien fanegas de trigo”.

Le dice:

“Toma tu recibo y escribe ochenta”.

Y el amo alabó al administrador injusto, porque había actuado con astucia. Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su propia gente que los hijos de la luz».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Traeros a la memoria”

Bien sabe San Pablo la importancia de la memoria para un cristiano. No se puede ser seguidor de Cristo si se pierde la memoria. Debemos recordar siempre lo que Dios y su Hijo Jesucristo han hecho por nosotros. “Acuérdate de Jesucristo” porque “el Señor hizo en mí maravillas”. Pero esa memoria nunca es para caer en la nostalgia del pasado y quedar allí anclado. Ni mucho menos. La memoria de Jesucristo, de su vida, muerte y resurrección, es para vivir con más intensidad, con más ilusión, con más sentido el presente, en nuestro caminar hacia la patria definitiva. Por eso, San Pablo, aunque pueda resultar pesado, escribe a los cristianos de Roma “proposándome un poco... para traeros a la memoria lo que ya sabéis”.

“Los hijos del mundo... los hijos de la luz”

Jesús, en varias ocasiones, nos exhorta a que trabajemos con los talentos recibidos, porque sabe que uno de nuestros peligros es enterrarlos y, de paso, también al evangelio. “Negociad mientras vuelvo”. Hemos de poner las cualidades recibidas, la inteligencia, la voluntad, los sentimientos... para vivir y propagar el evangelio, porque es “buena noticia”. Nosotros, los cristianos del siglo XXI, debemos hacerlo en esta sociedad que nos ha tocado en suerte. El Señor elogia al administrador injusto porque puso todos sus talentos, empleando incluso la astucia, el engaño, para beneficio propio. A la hora de evangelizar, sabemos que Dios cumplirá su tarea. Pero también nosotros debemos cumplir con la nuestra. “Pablo plantó, Apolo regó, pero el que da el crecimiento es Dios”. No nos olvidemos de plantar y de regar.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Sáb

7

Nov

2009

Evangelio del día

Trigésima primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“No podéis servir a Dios y al dinero”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 16,3-9.16.22-27

Hermanos:

Saludad a Prisca y Áquila, mis colaboradores en la obra de Cristo Jesús, que expusieron sus cabezas por salvar mi vida; no soy yo solo quien les está agradecido, también todas las iglesias de los gentiles.

Saludad asimismo a la Iglesia que se reúne en su casa.

Saludad a mi querido Epéneto, primicias de Asia para Cristo.

Saludad a María, que con tanto afán ha trabajado en vuestro favor.

Saludad a Andrónico y a Junia, mis parientes y compañeros de prisión, que son ilustres entre los apóstoles y además llegaron a Cristo antes que yo.

Saludad a Ampliato, a quien quiero en el Señor.

Saludad a Urbano, colaborador nuestro en la obra de Cristo, y a mi querido Estaquío.

Saludaos unos a otros con el beso santo.

Os saludan todas las Iglesias de Cristo.

Yo, Tercio, que escribo la carta, os saludo en el Señor.

Os saluda Gayo, que me hospeda a mí y a toda esta Iglesia. Os saluda Erasto, tesorero de la ciudad, y Cuarto, el hermano. Al que puede consolidaros según mi Evangelio y el mensaje de Jesucristo que proclamo, conforme a la revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos eternos y manifestado ahora mediante las Escrituras proféticas, dado a conocer según disposición del Dios eterno para que todas las gentes llegaran a la obediencia de la fe; a Dios, único Sabio, por Jesucristo, la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo de hoy

Sal 144 R/. Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi Rey.

Día tras día, te bendeciré

y alabaré tu nombre por siempre jamás.

Grande es el Señor, merece toda alabanza,

es incalculable su grandeza. R/.

Una generación pondera tus obras a la otra,

y le cuenta tus hazañas.

Alaban ellos la gloria de tu majestad,

y yo repito tus maravillas. R/.

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,

que te bendigan tus fieles.

Que proclamen la gloria de tu reinado,

que hablen de tus hazañas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 16,9-15

En aquel tiempo, aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos:

«Ganaos amigos con el dinero de iniquidad, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas.

El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel; el que es injusto en lo poco, también en lo mucho es injusto.

Pues, si no fuisteis fieles en la riqueza injusta, ¿quién os confiará la verdadera? Si no fuisteis fieles en lo ajeno, ¿lo vuestro, quién os lo dará?

Ningún siervo puede servir a dos señores, porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo.

No podéis servir a Dios y al dinero».

Los fariseos, que eran amigos del dinero, estaban escuchando todo esto y se burlaban de él.

Y les dijo:

«Vosotros os las dais de justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, pues lo que es sublime entre los hombres es abominable ante Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

Que en nuestra espiritualidad de “cristianos comprometidos” el dinero tiene mala prensa, es un hecho innegable. Se nos ha educado en la austeridad del gasto, en el compartir de los bienes materiales, en la investigación de la procedencia o improcedencia del dinero que adquirimos, en el estudio y recorrido del dinero que gastamos, en el no derroche, en el desprendimiento, en la renuncia y en el no esclavizarnos al “poderoso caballero”. Se mire por donde se mire, es difícilísimo que el dinero alguna vez llegue a tener buena prensa, y menos aún cuando es la cabeza visible de todas las injusticias y despropósitos de este mundo.

Pero, ¿qué pasa con aquellos otros bienes –corporales o no- que nos atan y condicionan tanto o más que el propio dinero?. Nos damos cuenta de que tenemos otros muchos “dineros”, no tan materiales, que nos descentran de Dios, y de sus preferidos, los empobrecidos, que, tal vez no somos capaces de identificar. ¿Hemos hecho una reflexión al respecto? ¿Se están convirtiendo en nuestros amos? ¿Cuáles son esos otros amos que nos alejan de Dios? ¿A quién estamos sirviendo realmente?, y sobre todo, ¿nos hace felices poner nuestras seguridades en aquello que nos aleja de Dios?

Pensamos que esta reflexión debemos hacerla cada uno/a personalmente, desde el silencio y la escucha de Dios. Pero también queremos trasladar la reflexión a toda la Iglesia, incluyendo en esta, por supuesto, a toda la Familia Dominicana. ¿En qué o en quién estamos centrados?.

Somos conscientes de los momentos difíciles que vivimos en cuanto a vocaciones (en su sentido amplio e inclusivo) y de que su falta dificulta el mantenimiento de grupos de fe, comunidades, estructuras, casas y conventos. Pero ¿estamos siendo conscientes de que centrarnos en esos temas hace que nos desgastemos y nos alejemos de lo fundamental? Parece que no nos hayamos enterado de que Dios quiere nuestra felicidad. No se trata sólo de ser o no ser, de tener o no tener, de pertenecer o de no pertenecer, de gastar o no gastar. Sino de dónde ponemos nuestro centro. Y ya nos lo está diciendo claramente Jesús en el Evangelio de hoy. Nuestra seguridad y nuestra confianza hay que ponerla en Dios. El resto de “dineros” son otros amos que nos alejan de Dios y por tanto de la felicidad.

Hoy celebramos “todos los Santos de la Orden”. Muchas personas a lo largo de los siglos nos han precedido en la vocación de dominicos/as, y cada uno/a en su contexto histórico, social y cultural tendría que luchar contra diversos amos para llegar a Dios Padre/Madre. Que sus vidas sean hoy y siempre para todos y todas un espejo donde mirarnos.



Comunidad El Levantazo
Valencia

El día **8 de Noviembre de 2009** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).